

Editorial

La reforma del Estado y la modernización

Una idea recorre Occidente: la idea de la privatización, de la desregulación, de la promoción de la competencia. Por todas partes está surtiendo efectos revolucionarios.

Durante mucho tiempo las economías occidentales se alejaron de su paradigma de libre empresa y libre mercado. Ampliaron enormemente el área de actividad estatal en la industria y las finanzas, y pretendieron adaptar el concepto de planificación global como método de asignar recursos escasos a su sistema esencialmente basado en el funcionamiento de los mercados. Según una visión que ganó considerable influencia, el sistema de libre empresa y el sinosoviético de planificación centralizada estaban destinados a converger sobre un terreno intermedio.

Tres clases de fuerzas impulsaron a Occidente en esa dirección. En primer lugar el trauma de la gran depresión, con sus connotaciones asociadas a las profecías de Marx que mostraban al capitalismo resquebrajándose bajo la presión de las crisis económicas. En segundo lugar, algunas de las tesis de Keynes, particularmente la que afirma que el sector privado es dinámicamente inestable. En tercer lugar la economía de guerra, que mostraba que la planificación era el método de asignar recursos al que había que recurrir en las grandes emergencias. Hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial estas tres fuerzas se combinaron en lo que llegó a parecer un alud incontenible. Es la época en que se publican las antiutopías de Orwell y Huxley, y en que Hayek analiza el tránsito de la civilización occidental hacia el infierno totalitario.

En la periferia cultural de Occidente, los países latinoamericanos acompañaron calurosamente aquella tendencia, que por otra parte contaba en su seno con raíces más profundas, que se hundían en la historia de sus antecesores ibéricos. ¿Acaso no fueron los Habsburgos quienes patentaron la burocracia y descubrieron la inflación, esa doble némesis del estatismo? Con notable agudeza, hace 130 años, Juan Bautista Alberdi escribía: "Nuestra tiranía económica es obra de nuestra legislación de Carlos V y Felipe II, vigente en nuestros instintos y prácticas, a despecho de nuestras brillantes declaraciones de principios". El diagnóstico contemporáneo de Octavio Paz es apenas diferente: "Somos marginados... antes que nada (porque) somos los herederos de una cultura que se marginalizó en el siglo XVII".

Por su parte, el núcleo desarrollado de Occidente comenzó a reaccionar vigorosamente contra el estatismo a mediados de los años '70. Tal vez nada pueda resumir tan bien la desilusión con el camino seguido que por entonces se concretó como la historia del ascenso y ocaso de la curva de Phillips. Una década antes el grueso

de los economistas había creído que los gobiernos podían elegir el menú de inflación y desempleo que más gustase a sus electorados a lo largo de una suave curva. ¿Se deseaba un poco menos de desempleo? Nada más fácil: bastaría con aceptar un poco más de inflación. Y si el problema era que la inflación era excesiva, bastaría con aventurarse a padecer otro poco de desempleo. En los años '70 los hechos empezaron a apartarse progresivamente de ese esquema. En 1976 el primer ministro del Reino Unido, el laborista James Callaghan, resumía dramáticamente su despertar a una realidad hasta la víspera insospechada. "Solíamos pensar" expresó a la conferencia de su partido, "que siempre podríamos salirnos de una recesión gastando dinero y aumentando el nivel de empleo rebajando los impuestos y expandiendo los desembolsos. A fuer de sincero les aseguro que esa opción ya no existe, y que, en la medida que jamás existió, solo funcionó... inyectando mayores dosis de inflación en la economía, a lo que siguieron siempre mayores niveles de desempleo... Esa es la historia de los últimos 20 años".

La nueva toma de conciencia abarcó todos los aspectos del estatismo. La idea de la restricción a la actividad privada mediante regulaciones y mediante la expansión de las empresas públicas ganó rápidamente terreno. En 1979 el Consejo de la OCDE, la organización de una veintena larga de países, originalmente formada para optimizar los efectos del Plan Marshall, que incluye a todos los países más desarrollados del mundo libre, adoptó una recomendación para fomentar la competencia en los sectores más regulados y exceptuados del régimen general de mercado libre en su grupo de países. Desde entonces la acción de casi todos sus miembros en la dirección recomendada ha sido importante. Tal vez Gran Bretaña, con la privatización de una docena de grandes empresas entre 1979 y 1985, englobando activos por un valor de 5.500 millones de libras y la transferencia de 400 mil trabajadores al sector privado, ha tomado la delantera, pero Alemania y Japón no han quedado muy rezagados. Además todos los países han tomado medidas para estimular la competencia en áreas que estaban reservadas al Estado o sometidas a licencias y otras restricciones. La banca, el transporte, la energía y las comunicaciones se hallan entre los sectores que han acusado el cambio con mayor intensidad. El movimiento ha estado sin duda asociado a la ascensión al poder de partidos conservadores en diversos países, pero el gobierno del PSOE en España y la coalición con fuerte intervención socialista de Italia han participado en él de manera muy activa. Las autoridades de la OCDE ya han publicado evaluaciones claramente positivas de la experiencia.

En América latina los procesos de desregulación y privatización también han registrado avances. En parte éstos han quedado empantanados en el área de las declaraciones públicas, pero no hay que olvidar que para ello median distintas razones, que incluyen la dificultad de usar a una burocracia exorbitada para restringir al estatismo, e incluyen también factores culturales de honda raigambre. En casi todos los países hay mecanismos administrativos dispuestos para procurar metas de privatización y desregulación. En la Argentina las empresas estatales han sido puestas en el patrimonio de una sociedad holding bajo la dirección de un administrador de muy alto nivel, con el mandato de reducir drásticamente su volumen. En México la administración del Presidente de la Madre se jacta de haber liquidado 200 entidades públicas. Uruguay parece encontrarse solo en el extremo de la distribución donde al respecto no pasa nada.

En su número de junio 2 del año pasado, la revista Visión, bajo el título "Avanza la reprivatización" y luego de pasar revista a ese proceso en el continente, al llegar al caso uruguayo, y comprobar la falta total de progreso, sugiere explicaciones basadas en la antigüedad defensiva del estatismo en nuestro país. "La (larga) presencia del estatismo en la actividad económica", escribe, "... ha modelado creencias y sentimientos sobre los que reposan las postulaciones de todas las franjas políticas...". Y, análogamente: "La generalidad de la población no concibe a este país sin la ANCAP o PLUNA fuera del control estatal".

¿Será cierto? Por de pronto lo es que, entre las principales plataformas partidarias, ninguna recoge la idea que ha venido ocupándonos. (A lo sumo solo se pueden citar tres iniciativas para eliminar monopolios públicos). Que el discurso político uruguayo considere ideas progresistas la nacionalización de la banca y la reforma agraria, que en realidad tienen tanta actualidad como las ideas de Ptolomeo en astronomía. Al mismo tiempo es cierto también que el Presidente de la República levantó conspicuamente la bandera de la modernización, y si bien por el momento no ha precisado el alcance exacto de su gesto, éste no puede implicar otra cosa que una reforma drástica del Estado. Que si su liderazgo ha sido suficientemente fuerte como para liberar a sus colaboradores del área económica de las ataduras del consenso onírico de la CONAPRO, también debería poder serlo para dejar de lado los viejos tótems del estatismo, y permitirle a la República mirar de frente a la realidad. Y también es cierto que el eventual desarrollo por su parte de esa clase de liderazgo parece suministrarle a su Administración la única oportunidad de escapar a la mediocridad que amenaza marcarla indeleblemente.